

## JORNADA SEGUNDA

---

### ESCENA PRIMERA

Sala baja en la casa del señor Alcalde de Jerusa, Don José María Monedero, decorada con lujo barato, en toda la plenitud de la cursilería con dinero. Cubren las paredes paisajes al óleo, de los que en parejas, con marco y todo, se venden al aire libre en calles céntricas de Madrid, obra de artistas desdichados. *Hacen juego* con estos mamarrachos, cromos de cacerías ó de revistas navales, figuras de bazar, fruslerías bordadas, mil laborcillas fáciles de mujer, de esas cuya explicación y dibujo traen en su sección de recreos útiles los periódicos de modas. Flores de trapo, en tientos de cartón, exhalan en los ángulos su fragancia de cola y tintes descompuestos. Piano desafinado, musiquero, retratos prendidos en esterillas japonesas, redoma de peces.

NELL y DOLLY; LUCRECIA, CONDESA VIUDA DE LAÍN. Es mujer hermosa, de treinta y cuatro años, del tipo que comúnmente llamamos *interesante*, mezcla feliz de belleza, dulzura y melancolía; castaño el cabello, el rostro alabastrino, de un perfil elegante, precioso modelo de raza anglo-sajona, recriada en América. Sus ojos son grandes, oscuros, con ráfagas de oro, y el mirar sereno y triste, como de tigre enjaulado que dormita sin acordarse de que es fiera. En su talle esbelto se inicia

la gordura, fácil de corregir todavía con la ortopedia escultórica del corsé. Viste con elegancia traje de luto. En su habla, apenas se percibe el acento extranjero.

LUCRECIA, abrazando y besando á las niñas.

Hijas mías, no me harto de besaros. ¿Teniais ganitas de verme?

NELL

Figúrate...

DOLLY

Hemos venido á la carrera... ¡Cuánta gente! Creí que no podíamos entrar, y que nos atropellaban los coches.

LUCRECIA

¡Qué fastidio! Vengo á Jerusa sólo por ver á mis niñas, y me encuentro con este horrible entorpecimiento del entusiasmo público.

NELL

Mamá, la gratitud del pueblo...

LUCRECIA

Creed que he pasado un sofoco y una vergüenza...

DOLLY

Te quieren.

LUCRECIA

Demostraciones tan molestas como ridículas. ¿Y á mí, por qué me aclaman?... En fin, ya hemos pasado el mal rato de la entrada triunfal...

(Mirándolas cariñosamente.) Estáis muy bien... las caras tostaditas. Eso quiero: que se os ponga la tez como de manzanas pardas, señal de salud y buena sangre...

NELL

Mamá, tú sí que estás guapísima.

LUCRECIA, besándolas otra vez.

Vosotras, mis ángeles salvajitos, sí qué sois bellas y buenas, y... (La interrumpe la Alcaldesa entrando de improviso.)

## ESCENA II

DICHAS; LA ALCALDESA, señora enjuta y menudita, que no tiene en aquel momento más preocupación que parecer fina, y este singular estado de su espíritu, con la tirantez consiguiente, se revela en todos sus actos, en sus palabras melosas, y hasta en los mohínes estudiados de su boca y nariz. Viste bata azul, elegante, que le han enviado de Madrid. Poco después de ella entra EL ALCALDE, señorón macizo, sanote y jovial que, al contrario de su mujer, pone todo su esmero en parecer muy bruto, dejando al descubierto, desnudo de toda gala retórica, su natural llano y la tosca armazón de su ser moral. Entiende que los hombres deben ser *claros*, cada cual mostrándose como Dios le ha hecho. De origen humildísimo empezó á sacar el pie del lodo con la carretería; trabajó honradamente después en distintas industrias, hasta que halló su suerte en la fabricación de pastas para sopa. Su laboriosidad le hizo rico, y la herencia de un tío de América le ascendió á millonario. Viste levita, y su chistera, que usa con frecuencia por razón de su cargo, es sin

disputa la mejor del pueblo. Su esposa cuida de renovar esta prenda con la precisa oportunidad para que no sea ridícula.

LA ALCALDESA, finísima.

Dispense usted, Condesa. Mi esposo y yo hemos tenido que convencer á los notables del pueblo de que usted, por razón de su luto y del cansancio del viaje, no puede recibir á nadie...

NELL, asomándose á la ventana.

Mamá, mamá, si está la plaza llena de gente.

DOLLY

Quieren que te asomes para darte vivas.

LUCRECIA

Por Dios, Vicenta, libreme usted de este compromiso... ¡Vivas á mí! Yo no salgo; no sirvo para eso... Por Dios, que se vayan, que me dejen. Yo lo agradezco en el alma...

LA ALCALDESA

Las ovaciones populares, por más que sean merecidas, molestan y fastidian... Jerusa no puede mostrarse ingrata, ni olvidar los beneficios que usted le prodigó...

LUCRECIA, aterrada del rumor popular.

¿Qué beneficios ni qué niño muerto? Yo no he hecho nada, absolutamente nada. ¿Pero están locos aquí? Créalo usted, Vicenta, me da miedo *la voz pública*.

NELL

Mamá, que te asomes... Quieren despedirse de ti.

DOLLY

Hay pueblo y señores... y hasta curas... Mamita, ¿qué te importa que te victoreen? Mira que si no sales nos darán los vivas á nosotras.

LUCRECIA

Que no salgo, vamos. Vicenta, por Dios, que su marido de usted me haga el favor de echarles una arenga, diciéndoles... que estoy enferma, y que les agradezco infinito sus manifestaciones... que no las merezco... En fin, él sabrá.

EL ALCALDE, limpiándose el sudor de la frente, la levita desabrochada, el chaleco abotonado á medias.

Ya, ya se van... ¿Pero qué le costaba á usted, Condesa, asomarse un poquito? Con una inclinación de cabeza cumplía usted. Pero, en fin, respeto su repugnancia de las apoteosis. Lo mismo me pasa á mí. Siempre que me ovacionan me echo á llorar, y se me descompone el vientre.

LUCRECIA

¿Pero qué he hecho yo, Sr. D. José de mi alma, para estos obsequios, este entusiasmo?

LA ALCALDESA

Hija, la carretera de Forbes, la estación telegráfica... la condonación...

LUCRECIA

Me bastó pedirselo al Ministro...

EL ALCALDE

Más que todo eso vale el Instituto de segunda enseñanza, que nos disputaban los de Durante. Nada agradecen tanto los pueblos, señora mía, como el que les den algo que se le quita al vecino. Cuestión de amor propio: la entidad pueblo es lo mismo que la entidad persona. Fastidiar al vecino, y caiga el que caiga. Jerusa verá siempre en la ilustre Condesa de Lain una individualidad digna de todos nuestros respetos. Y yo, que llevo el corazón en la mano, que digo siempre la verdad llana y monda... soy así, muy bruto, muy francote... le aseguro á usted que la queremos aquí... como sabe querer Jerusa; y si lográramos que nos concedieran la Escuela de Comercio que pretenden los de Durante, no le quiero decir á usted... La apoteosis que le haríamos retumbaría en la China.

LUCRECIA, sonriente.

Yo sí que no vuelvo de mi apoteosis.

DOLLY, desde la ventana.

Ya, ya se retiran.

NELL

Parece que van descontentos. ¡Y cómo nos miran!

LA ALCALDESA

No extrañe usted, Condesa, las vehemencias de mi marido. Desde que es *edil* (marcando bien la

palabra), no vive. La fiebre de la cosa pública altera su genio pacífico. Verdad que no hay otro que mejor cumpla, ni que sepa consagrarse tan de lleno á los deberes de un cargo espinoso.

LUCRECIA, por decir algo.

Éstos son los hombres, éstos son los grandes ciudadanos...

UNA CRIADA, entrando con una bandeja de huevos moles.

Esto mandan á la señora Condesa las monjas Dominicanas.

NELL, corriendo á verlo.

¡Huevos moles! ¡Qué ricos!

DOLLY

¡Vaya un regalo, mamá!

EL ALCALDE

Para que diga usted que no se portan bien las monjitas de mi tierra.

LUCRECIA

¡Pobrecillas! Tendré que visitarlas.

LA ALCALDESA

Iremos. Son finísimas.

OTRA CRIADA, entrando con un descomunal ramo de flores.

De parte de los capataces de la Granja modelo...

LUCRECIA

También tendré que hacerles una visita.

EL ALCALDE

Iremos; sí, señora. Verá usted los carneros moruecos, que han traído ahora para padres.

LA ALCALDESA, que ha salido un momento, vuelve trayendo una labor de tapicería y mostacilla.

Mire usted, Lucrecia, lo que le manda la maestra del colegio de niñas.

NELL

¡Ay, qué precioso!

DOLLY

Mira, mamá. ¿Es un gorro?

LUCRECIA

No, hija: es un *cosy* para cubrir las teteras...

LA ALCALDESA, pesarosa de no haber acertado antes el uso de aquel chisme.

Es un adminículo extranjero. Aquí no lo usamos.

EL ALCALDE

Tiene usted que visitar el colegio.

LA ALCALDESA

¡Pobre Condesa! Ya le cayó que hacer.

EL ALCALDE

Y podrá decir que en ninguna parte del mundo ha visto usted labores tan primorosas como

las que hacen las alumnas del colegio de Doña Severiana.

LA ALCALDESA

Bordan á maravilla... Ya lo ve usted... Y allí tiene usted á las chicuelas todo el santo día sobre los bastidores...

EL ALCALDE, mirando su reloj, descomunal pieza de oro.

Y á todas éstas, Vicenta, son las tantas y no comemos. Mi señora Doña Lucrecia tiene apetito... las niñas están desfallecidas. ¿Verdad, *Nelita* y *Dolita*, que deseáis sentaros á la mesa?... y yo... ¿por qué no he de decirlo? estoy ladrando de hambre. Con que...

LUCRECIA

Me arreglaré en un momento.

LA ALCALDESA

Subamos á mi tocador. Mientras usted se arregla, dispondré que nos sirvan la comida...

EL ALCALDE

Y yo, si la señora Condesa me lo permite, voy á librarla de otra *lata* horrorosa.

LUCRECIA

¿Qué?

EL ALCALDE

El orfeón del pueblo quiere venir á cantar durante la comida.

LUCRECIA

¡No, por Dios!

EL ALCALDE

Ahí está el director. Voy á quitárselo de la cabeza...

LUCRECIA

Sí, sí; que lo agradezco, que siento mucho...

LA ALCALDESA

Que está muy fatigadita. Crea usted que no perdemos nada. Desafinan como perros.

EL ALCALDE

Y que, motivado al luto, no está usted para músicas... Ya, ya sabré despacharles... Y sobre todo, que lo mando yo, ea... (Vase presuroso.)

## ESCENA III

Tocador de la Alcaldesa.

LUCRECIA, DOLLY y NELL; una criada extranjera que ayuda á vestir á su ama y no habla; después la ALCALDESA.

LUCRECIA

¡Qué descanso! Solas un momento. Prefiero una enfermedad á los entusiasmos de Jerusa.

NELL

Mamá, es que te quieren.

LUCRECIA

Sí, sí: cariños que reclaman la fuga inmediata, como quien escapa de una epidemia. Es vio-

lentísimo tener que mostrar gratitud ante estas mojigangas.

DOLLY

Mamá, ten paciencia.

LUCRECIA, bajando la voz.

Lo mismo que soportar las amabilidades de estos pobres cursis... Son muy buenos, lo reconozco... y les aprecio verdaderamente. Pero en Jerusa no quiero ver á nadie más que á vosotras.

NELL

Mamá, ¿cuándo nos llevas contigo?

LUCRECIA, meditabunda.

No sé... Tal vez muy pronto. Depende de circunstancias eventuales...

DOLLY, vivamente.

Mamá, ¿no sabes? Ha llegado el abuelito.

LUCRECIA, disimulando su disgusto, que sólo se trasluce en rápidos destellos de sus pupilas rasgueadas de oro.

Ya, ya lo sé... Llegó esta mañana. ¿Y qué? Tan gruñón y desabrido como siempre.

NELL

Á nosotras nos quiere mucho.

DOLLY

Irás á verle...

LUCRECIA

Sin duda. Ya sé que hoy come con D. Carmelo... ¿Y con vosotras ha estado muy expansivo? ¿Qué hacíais cuando llegó?

DOLLY

Le encontramos en el bosque. Primero tuvimos mucho miedo, porque no le conocíamos.

LUCRECIA

Y después de conocerle, más.

NELL

No, no: el pobrecito no acababa de hacernos cariños. Nos da mucha lástima de verle tan agobiado, viejecito, casi ciego.

LUCRECIA

Y en el camino del bosque á la Pardina, ¿no habló con nadie? ¿No le salió al encuentro alguna persona conocida?

DOLLY

Sí, mamá: Senén.

LUCRECIA, disgustada.

Ya me han dicho que está aquí ese tábano. El tal marea... y pica. Os recomiendo el menor trato posible con él.

LA ALCALDESA, entrando.

Cuando usted quiera.

LUCRECIA

Ya estoy.

LA ALCALDESA, llevándola á la ventana, y mostrándole al Alcalde, que en la calle habla con un joven.

Vea usted, Lucrecia, los apuros que pasa mi esposo por defenderla á usted de impertinencias. Ese con quien habla es Pepito Cea, el periodista de Jerusa, que quiere colarse aquí para celebrar con usted una *interview*.

LUCRECIA

¡Una *interview*!... ¿Pero está loco ese hombre?

LA ALCALDESA

Mire usted... mire usted á José María, más colorado que un pavo... Parece que quiere romperle el bastón en la cabeza... Ahora le coge de las solapas... Al fin parece que le convence.

LUCRECIA

¿Pero qué quiere preguntarme ese tipo, ni qué tengo yo que decirle?

LA ALCALDESA

Pues nada: á qué hora entró en el tren; si le gustó el paisaje; si le prueba bien Jerusa; si quedó contenta de la ovación ó le ha parecido poca, y, por fin, cuál es su actitud en el asunto de la Cámara de Comercio, es decir, si apoyará á rajatabla en Madrid las pretensiones de esta villa.

LUCRECIA

¡Dios me ampare!

LA ALCALDESA, mirando.

Ya, ya le ha despachado. Allá va el pobre Cea con viento fresco. Pondrá esta noche las paparruchas que le habrá encajado José María... Que usted adora al pueblo; que ha venido muy cansada y con dolores de reumá, y que se desvivirá por conseguirnos lo de la Cámara de Comercio, apabullando á los de Durante... Ya entra mi marido. Bajemos al comedor.

LUCRECIA. (Salen las dos señoras, enlazadas del brazo; las niñas delante.)

Es delicioso. Pero no me hace ninguna gracia que ponga ese majadero la noticia falsa de mi reumatismo. Es una enfermedad que me desagrada más que otras, porque, no siendo grave, hace engordar.

LA ALCALDESA, bajando la escalera.

Es muchacho fino, y dirá que está usted nerviosa.

LUCRECIA

Menos mal.

En la puerta del comedor encuentran al señor Alcalde, que ofrece su brazo á la Condesa. Sofocado, aunque de buen humor, da cuenta del gracioso *quie* con que logró evitar la formidable tabarra con que les amenazaba el audaz foliculario. Debe decirse, tributando á la verdad los honores debidos, que fué excelente y copiosa la comida, feliz combinación del *estilo de fonda* y del arte casero en casa rica; el servicio atropellado y lento, pues

las pobrecitas criadas no acertaban á desenvolverse en aquel mete-y-saca y quita-y-pon de platos, fuentes y salseras. Sentáronse á la mesa, á más de la Condesa y sus hijas y los dueños de la casa, los dos niños de éstos, escolares encogidos que se hallaban en plena *edad del pavo*, y eran de lo más desaborido que en tan lastimosa edad comúnmente se ve. De personas extrañas sólo había una, la que toda Jerusa conocía por CONSUELITO, de apodo la *Solitaria*, prima del Alcalde, viuda rica sin hijos, que en investigar vidas ajenas se pasaba mansamente la suya, y era, por tanto, un viviente archivo de historias, enredos y chismes. Amenizó el señor Alcalde la comida con un jaquecoso disertar sobre las mejoras pasadas, presentes y venideras de Jerusa, y á nadie dejaba meter baza. Pugnaba su esposa por intercalar observaciones finas en medio de la gárrula oratoria del buen Monedero; pero rara vez vió coronada por el éxito su laudable propósito. Cuando servían el café (que entre paréntesis, llegó á la mesa mal hecho, recalentado y frío), entraron á saludar á la Condesa EL SEÑOR CURA, que ya la había visto, y SENÉN, que aún no había tenido el honor de besarle la mano.

#### ESCENA IV

Jardín que no necesita descripción, pues ya se comprende que es un afectado y ridículo plagio en pequeño del estilo inglés en grande; trazado en curvas, con praderas, macizos, bosquecillos y plantaciones ornamentales de variada coloración.

LUCRECIA, NELL y DOLLY; EL ALCALDE, LA ALCALDESA, sus DOS HIJOS, que no hablan, y peor sería que hablaran; CONSUELITO, EL CURA, SENÉN.

Fórmanse grupos distintos que cambian de figuras.



EL CURA, sentándose con la Condesa y la Alcaldesa en un banco *rústico* de los muchos que hay en el jardín, alternando con los *civilizados*.

Ya comprenderá la señora Condesa que no he venido esta tarde sólo por el gusto de verla, que siempre es grande, sino...

LUCRECIA

Ya, ya... Ha comido usted con *él*... y me trae algún mensaje; recadito por lo menos.

EL CURA

Dispéñeme si le digo que se equivoca. El señor Conde no me ha dado ninguna comisión ni recado para la Condesa de Laín.

LUCRECIA

Entonces...

EL CURA

Lo que yo diga será por cuenta mía, por inspiración propia y consejo de amigo.

LUCRECIA, á la Alcaldesa, que se aparta discretamente.

No, no se retire usted, Vicenta. No hablamos nada reservado. Puede usted oírlo. Siga, Don Carmelo. Mi ilustre papá político, como si lo viera, habrá dicho de mí... qué sé yo... horrores espeluznantes.

EL CURA

No, señora. Ni una sola vez la ha nombrado á usted durante la comida.

LUCRECIA

Permitame el Sr. D. Carmelo que no le crea, con todo el respeto debido. Es usted un santo, que en este instante no dice la verdad... por exceso de virtud. Se dan casos.

EL CURA

Habló mucho de su hijo muerto, dignísimo esposo de usted; ponderó sus virtudes, su mérito no común, lloró...

LUCRECIA, que palidece, é intenta desviar la conversación.

También hablaría de su desdichado viaje á América. Lo emprendió atraído por la ilusión, por el espejismo de un caudal que allí dejó su abuelo el Virrey, y después de mil fatigas y trabajos, sufriendo desaires y persecuciones, ha vuelto descorazonado y sin una peseta. Al diantre se le ocurre plantarse en el Perú á reclamar las famosas minas de Holgayos, olvidadas durante un siglo.

EL CURA

También nos habló de eso... y de otras cosas. Demuestra un cariño ardiente á sus nietas. Oyéndole hablar de ellas, hemos observado Angulo y yo cierta exaltación del afecto paternal, y una tenacidad monomaniaca en el propósito de estudiar y desentrañar los caracteres de una y otra... Por la incoherencia con que se expresa, no hemos podido apoderarnos de su pensamiento, si es que alguno tiene. Angulo cree más bien que en aquella cabeza hay un descon-

cierto lastimoso, ideas de grandeza, ideas de venganza, el orgullo y la miseria, que rabian de verse juntos.

LUCRECIA

No será extraño que las desdichas, amargando su alma, toda soberbia y altanería, lleven al buen D. Rodrigo á la locura...

EL CURA

No diré yo tanto. Sólo apunto la idea de que el señor Conde, por su ancianidad, por su pobreza, por el estado de amargura é irritación de su espíritu, merece y reclama exquisitos cuidados, y de esto precisamente quería que hablásemos usted y yo.

LUCRECIA

Por mí no ha de quedar. Pienso decir á Venancio que si el Conde permanece en la Pardiña tenga con él toda clase de miramientos, le cuide, le agasaje, atienda con delicadeza á sus necesidades. Pero yo dudo que acepte estos beneficios dispuestos por mí. Usted le conoce...

EL CURA

Sí, y sé que es atrabiliario, descontentadizo, y que la exaltación de la dignidad le impulsará á rechazar el bien que usted le ofrezca.

LUCRECIA, cruzándose de brazos.

Entonces, ¿qué debo hacer? Vicenta, dé usted su opinión.

LA ALCALDESA, con finura.

Yo... ¿Qué quiere usted que le diga? Parece-me que no será difícil encontrar un medio de darle amparo decoroso, digno de su alcurnia, sin que la vidriosa dignidad de D. Rodrigo se sintiera ofendida.

EL CURA, aprobando enfáticamente.

Mucho, mucho... Vicenta, con su talento admirable, nos indica el mejor camino. Pues bien: yo tengo una idea, que quiero someter al buen criterio de usted...

EL ALCALDE, presuroso, hacia la Condesa.

Lucrecia, ahí tiene usted una visita. El Prior y dos Padres Jerónimos del convento de Zaratán vienen á ofrecer á usted sus respetos.

LUCRECIA

¡Ah!... Zaratán... Ya me acuerdo. Di una cantidad para la restauración... y Rafael consiguió del Gobierno un dineral para que estos benditos pudieran instalarse.

LA ALCALDESA

¿Están en la sala? Vamos un momento. No tema usted que la fastidien. Son finísimos.

EL CURA

Vamos allá... ¡Qué oportunidad, qué feliz coincidencia! (Entran en la casa Lucrecia, el Cura, el Alcalde y su señora.)

SENÉN, en otro grupo, con Nell y Dolly, Consuelito y los niños del Alcalde, que no hablan ni á tiros.

¿Quieren ver la pajarera?

NELL

Lo que queremos ver es las sortijas que llevas tú en el dedo meñique.

DOLLY

Son preciosas. Ya podías regalárnoslas.

SENÉN

Están á su disposición.

DOLLY

¡Truhán! Ya sabes que no las tomaríamos.

SENÉN

¿Por qué no? Hagan la prueba.

NELL

Te morirías de rabia.

CONSUELITO

Las necesita para deslumbrar á las chicas del pueblo.

DOLLY

¿Cuántas novias tienes? Dinos la verdad.

NELL

Lo menos dos docenas.

CONSUELITO

Que yo conozca, tres... Á mí no me lo negarás, pillo, engañador. Te he visto de telégrafos con Delfina, la del confitero; sé que te cartearas con Amalia Ruiz, y es de dominio público que le mandas versitos á ese retaco de Hilaria Sevillano, y que ella te envía, con la mujer del peón caminero, peras de su huerta. Todo se sabe, amigo.

SENÉN

Sí, y lo primero que sabemos es que se deja usted tamañita á *La Correspondencia*. Todo lo averigua y todo lo trabuca. Para que se entere, no han sido peras, sino abridores.

CONSUELITO

Y ahora te está preparando una calabaza de cabello de ángel. Es rica la niña, aunque cargadita de espaldas; pero los padres, que son plateeros y conocen el oro falso, no te pasan... Tienes liga...

(No se oye lo que contesta Senén, porque Nell y Dolly, viendo pasar á un sujeto al través de la verja que da á la calle de Potestad, se abalanzan gozosas á llamarle.)

DOLLY

¡D. Pio, Pio, Piito, venga, ven acá!... entra.

CONSUELITO, dejando á Senén con la palabra en la boca.

¿Es Coronado, vuestro maestro?

NELL, gritando.

Maestro, maestrillo, entra. Mamá quiere verte.

DOLLY

No seas vergonzoso... ven.

SENÉN

No entrará ni á tiros. Es muy corto de genio.  
(Se asoman los cuatro, y ven á un anciano que se aleja calle adelante, y risueño saluda con la mano.)

NELL

¡Pobrecillo!... ¡Le queremos más...!

Los dos niños del Alcalde se dedican, con perseverancia digna de mejor causa, á untarse las manos de tierra mojada. La *Solitaria*, viendo salir á los frailes y á las señoras, que en la verja de la plaza les despiden, corre á guluzmear. Fórmanse nuevos grupos: en un lado están el Cura, la Alcaldesa y Consuelito; en otro, el Alcalde, la Condesa, Senén y las niñas.

CONSUELITO, á la Alcaldesa.

¿Se puede saber á qué han venido los padricos de Zaratán?

LA ALCALDESA

Visita de parabién, y nada más. (Al Cura.) La verdad, D. Carmelo; aquí que nadie nos oye: ¿D. Rodrigo le dijo ó no le dijo á usted los horrores que supone Lucrecia?

EL CURA, escurriendo el bulto.

Psch... Exageraciones, monomanías... chocheces.

CONSUELITO

Á esta buena señora no le vendría mal mirar un poquito por su reputación... Ella será buena; pero no puede hacerlo creer á nadie.

LA ALCALDESA

Chitón, Consuelo. Lucrecia está en mi casa.

EL CURA

De todas las historias que por ahí corren, descontemos lo que añaden la malicia, la envidia, el afán de los chistes, y...

CONSUELITO

Quite usted todo el *jierro* que quiera, y siempre quedará lo que es público y notorio.

LA ALCALDESA

¿Y quién te asegura que no sea invención?

CONSUELITO

No creo en las invenciones, ni siquiera en la de la pólvora... Esta Vicenta, cuando se pone á no querer entender las cosas...

LA ALCALDESA

Indicábamos que podría ser invención...

CONSUELITO

¿He inventado yo que esta buena señora no tenía ni pizca de amor á su marido... y que le dejó morir como un perro en una fonda de Valencia?